An illustration of several cyclists in various colored jerseys (blue, purple, yellow, red, light blue, green) and helmets, leaning forward in a race. The background features palm trees and a bright sky. The text is overlaid on the upper portion of the image.

JUANMA TRUEBA

DICCIONARIO DE CICLISMO

UN GLOSARIO SENTIMENTAL

JUANMA TRUEBA

DICCIONARIO DE
CICLISMO

UN GLOSARIO SENTIMENTAL

ILUSTRACIONES DE KIKE IBÁÑEZ

DICCIONARIO DE CICLISMO – Un glosario sentimental

1.ª edición

geoPlaneta

Diagonal 662-664. 08034 Barcelona

info@geoplaneta.es – www.geoplaneta.com

© Editorial Planeta, S.A., 2023

© Textos: Juanma Trueba, 2023

© Ilustraciones de interior y cubierta: Kike Ibáñez, 2023

Diseño de cubierta: Sophie Guët

ISBN: 978-84-08-26936-6

Depósito legal: B. 22.485-2022

Impresión y encuadernación: Gómez Aparicio

Printed in Spain – Impreso en España

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

AFICIONADO

El aficionado al ciclismo, el de carácter más enfermizo, es un individuo capaz de ser feliz una mañana cualquiera porque por la tarde hay montaña en el Tour, en el Giro o en la Vuelta, o porque ese día se corre una clásica o un mundial. El aficionado militante duerme imaginando el plan del día siguiente, se alimenta durante los avituallamientos y dice a los ciclistas lo que deben hacer al tiempo que maldice el pinganillo. El aficionado de férreas convicciones puede llegar a permanecer seis horas en una cuneta para disfrutar del paso de los ciclistas, un placer que, como otros disfrutes, dura entre dos segundos y unos cuantos minutos que casi nunca pasan de treinta. Si algo caracteriza al aficionado al ciclismo es su absoluto desprecio por la estadística: rara vez se ven hazañas inolvidables, pero presenciar una es un privilegio que compensa tres mil tardes sin siestas.

AGOSTINHO, JOAQUIM (1943-1984)

Tinbo, Hulk, Toro

«Cuando me acuerdo de la guerra me río de los que dicen que subir el Ventoux es duro.»

Era Anthony Quinn en bicicleta. Su recia figura resaltaba entre una mayoría de corredores frágiles como jarrones chinos. Pedaleaba sin estilo, como si diera martillazos con los pies. Su piel oscura parecía consecuencia del hollín, más que del sol. Nadie tuvo jamás el pelo tan negro. Aunque su aspecto resultaba intimidante, era el ogro bueno de los cuentos infantiles.

Se hizo ciclista como se hizo antes soldado: era el camino que tenía por delante. A la guerra de Mozambique le llevó el servicio militar y el empeño de Portugal por aplacar el impulso independentista de sus posesiones en África. Salió vivo, pero quedó

marcado. Ejerció de correo en bicicleta y demostró una fuerza inaudita que le cambió el destino.

Años después, en 1980, Marco António Chagas, ganador de cuatro Vueltas a Portugal, coincidió con él en la concentración del equipo Puch-Sem en la Costa Azul. Le llamó la atención que Agostinho viajara con material de pesca submarina. «Un día fui a la playa a verle bucear. Reparé en que no llevaba bombona de oxígeno. Se sumergió, salió a la superficie y volvió a sumergirse. Pasó el tiempo, varios minutos, demasiados. Estuve a punto de entrar en pánico, temía que se hubiera ahogado. De pronto emergió del agua, tan tranquilo. Cuando le pregunté a gritos si estaba bien, me contestó: “¿Qué ha pasado? ¡Todo normal!”.

»Después me contó que estaba acostumbrado a hacer aquello porque en Mozambique era él quien conseguía los peces para comer. Tiraban una granada al mar y luego Tinho se encargaba de recoger el pescado... Tenía el doble de mi capacidad torácica.»

Raphaël Gémiani, presencia constante en el ciclismo del siglo xx, fue su director en el Sporting-Lejeune. «Él no conocía su propia fuerza. Era una bola de músculos con un poder extraordinario. Fue construido de hierro fundido. Había llegado al ciclismo bastante tarde y tuvo problemas para integrarse. Es una pena que no quisiera dedicarse al cien por cien a ser ciclista profesional. Solo de vez en cuando mostraba sus grandísimos poderes físicos. No quería hacer más. El pelotón le daba miedo, por eso se caía tantas veces. Tinho nunca fue lo suficientemente agresivo como para imponerse por completo. Tenía una bondad legendaria y su única ambición era ser el Tinho bueno y tierno. Si hubiera sido ambicioso, fácilmente habría escrito su nombre en el palmarés del Tour de Francia.»

Tiene razón Gémiani (casi siempre la tuvo). Agostinho fue un ciclista tardío y quizá por eso de poca habilidad técnica y de nula destreza para correr en grupo: no montó hasta los veintinueve, comenzó a participar en carreras a los veinticinco y se hizo profesional a los veintisiete. Se cayó bastante, aunque aprovechó el tiempo. Fue en dos ocasiones tercero en el Tour y acabó ocho veces entre los diez mejores; sumó cuatro etapas, la última en el Alpe d'Huez a los treinta y siete años.

En 1984 tenía previsto retirarse. Primero correría la Vuelta al Algarve con el Sporting (su primer maillot y su equipo de fútbol desde niño) y luego disputaría el Tour como cedido para igualar las 14 participaciones de Joop Zoetemelk. Después se haría mánager: «Quiero ayudar a descubrir futuros Agostinhos». Tenía cuarenta y un años.

Joaquim Agostinho era líder de la Vuelta al Algarve cuando un perro se cruzó de repente en su camino. Se golpeó la cabeza con violencia y quedó algo aturdido. Su subió de nuevo a la bicicleta y atravesó la línea de meta ayudado por dos compañeros. Cuando puso los pies en el suelo tuvo que ser sujetado para no desplomarse. Se agarraba la frente con las dos manos. No tenía sangre ni su gesto expresaba un dolor excesivo. Tampoco se quejaba. No había médico en la carrera, ni ambulancia. En la grabación de la televisión portuguesa hay algo que recuerda a la cogida mortal que sufrió Paquirri en la plaza de Pozoblanco, ocurrida cinco meses después. Esa pavorosa mezcla de muerte y chapuza. Le pusieron hielo en la cabeza y lo tuvieron dos horas reposando en el hotel, hasta que su estado empeoró. Fue trasladado a Lisboa, cuatro horas de viaje. Su equipo, el Sporting, perdió aún más tiempo por empeñarse en ingresarlo en un hospital privado. Ya había entrado en coma.

Los médicos le declararon «clínicamente muerto», pero su corazón siguió latiendo diez días más. Hasta el último instante hubo quien pensó que era más testarudo que la muerte. Falleció el 10 de mayo.

Se formaron colas de hasta dos kilómetros para despedir a Joaquim Agostinho. Su cuerpo fue vestido con esmoquin y pajarita. Yacía en un féretro cubierto de seda blanca entre una montaña de flores. La capilla ardiente se instaló en la basílica de la Estrella y por allí pasaron miles de admiradores, también compañeros como Luis Ocaña y Eddy Merckx, o políticos portugueses como Mário Soares y el presidente de la República, António Ramalho Eanes. Se le condecoró como se condecora a los muertos, generosamente.

Belmiro Silva, ganador de la Vuelta al Algarve que Agostinho no pudo terminar, se retiró dos años después sin un solo triunfo más y con una inquietante cara de enterrador.

ANQUETIL, JACQUES (1934-1987)

Monsieur Crono, Maître Jacques, l'Enfant Roi

Tour 1957, 1961, 1962, 1963 y 1964

Giro 1960 y 1964

Vuelta 1963

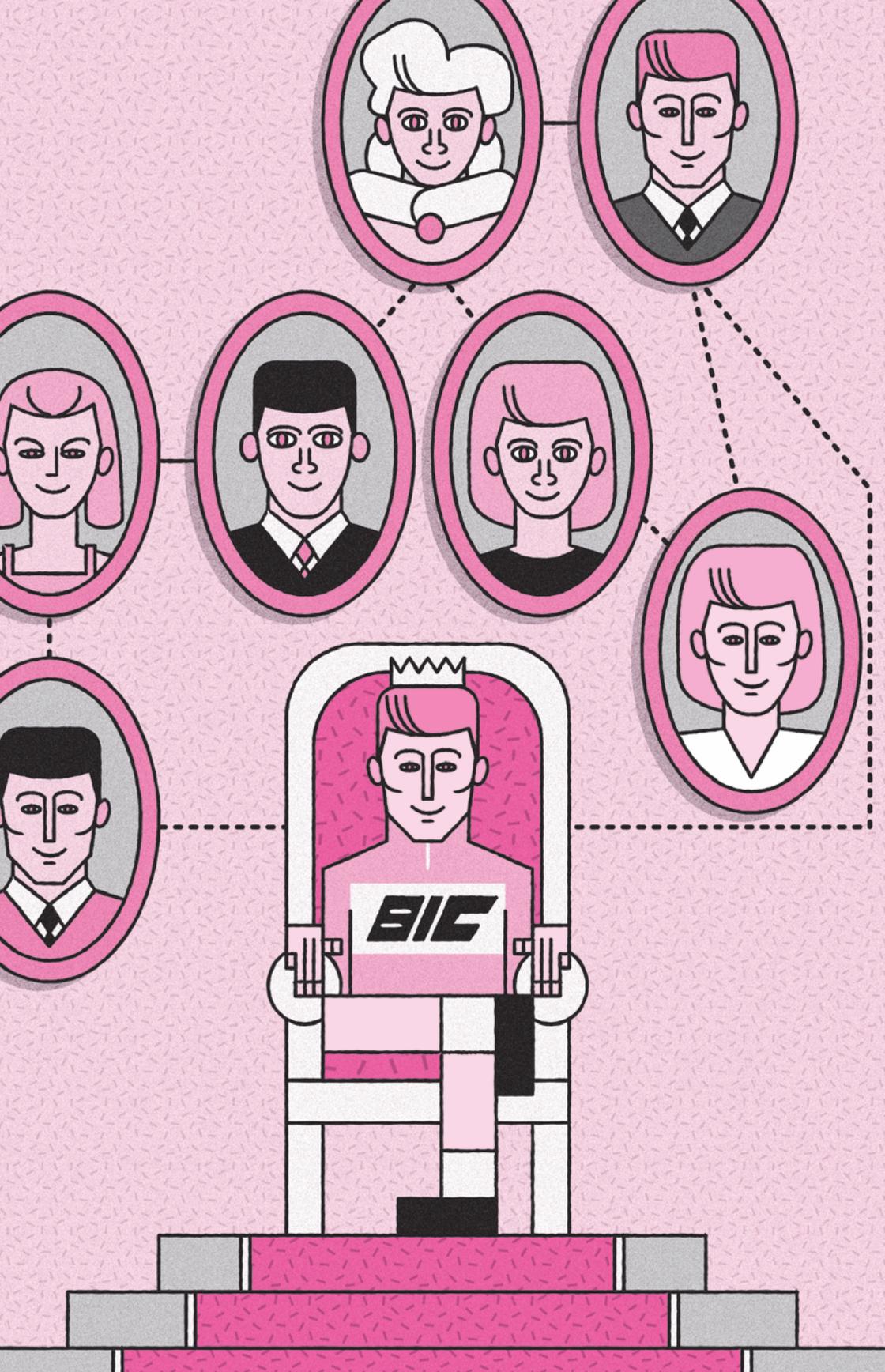
Lieja-Bastonia-Lieja 1966

«Para preparar bien una carrera no hay nada mejor que un buen faisán, champán y una mujer.»

«¿Ignora usted que existen almas atormentadas sin cesar? Esas almas necesitan entregarse alternativamente a la actividad y a los sueños, a las más puras pasiones, a los más desenfrenados placeres, y de aquí que se arrojen a toda clase de caprichos y locuras.» Hay citas en *Madame Bovary* que describen a Jacques Anquetil, natural de Ruan, igual que la protagonista de la novela y que su autor, Gustave Flaubert: «El deber no es otro que sentir lo grande, adorar lo bello y no aceptar, con las ignominias que nos imponen, todos los convencionalismos sociales».

El primer asombro llega al descubrir que Flaubert fue un asiduo del castillo que Anquetil se compró en 1969 y que perteneció mucho antes al abuelo de Guy de Maupassant, amigo del propio Flaubert y de las tertulias al caer el sol. La siguiente sorpresa es que Maupassant, el nieto famoso, fue tan libertino como Anquetil: «El individuo que se contenta con una mujer toda su vida está tan al margen de las leyes de la naturaleza como aquel que no vive más que de ensaladas».

Ya es hora de contar que, después de ganar cinco Tours, Anquetil fue responsable de un triple salto amoroso que no imaginaron ni Flaubert ni Maupassant: se casó con la mujer de su médico, tuvo una hija con su hijastra y completó la familia con otro hijo, en este caso de la mujer de su hijastro. Se entiende si se hace un diagrama... No es cuestión de juzgar ahora lo que tuvo su peripecia de amoralidad o de rebelión ante los convencionalismos sociales. Todas las relaciones fueron consentidas y



se circunscriben a un orden particular que se dio en llamar el Universo Anquetil.

La historia se resume con dificultad, pero hay que intentarlo: Anquetil y la mujer de su médico, el doctor Boëda, se enamoraron y acabaron por casarse. Janine tenía dos hijos de su matrimonio anterior, Annie y Alain. Pero no podía ser madre de nuevo. La falta de descendencia atormentaba a Anquetil y Janine pensó en su hija, entonces de dieciocho años. «Fue una solicitud que le hice a ella. Suavemente. Annie siempre tuvo la opción de negarse.» Annie lo confirma: «Cuando mi madre me pidió que me quedara embarazada de mi padrastro, la propuesta me dejó sin aliento... Pero, ojo, acepté de buena gana. Debo admitir que en ese momento, a pesar de tener dieciocho años —entonces en Francia la mayoría de edad estaba fijada en los veintiuno—, estaba enamorada de Jacques. Y supe que le complacía. ¿Qué esperas? Así es la vida. Yo formaba parte del Universo Anquetil, donde las leyes del mundo exterior no se aplicaban, sino que desaparecían delante del jefe indiscutible. Es así como me encontré en su cama con la sagrada misión de la procreación frente a un hecho que me sobrepasaba por completo. A nadie le resultaba extraño que Jacques se acostara conmigo cada noche antes de volver con mi madre. Todos estábamos cómodos con eso». Duró una década.

Sophie Anquetil nació en 1971 y Jacques fue al mismo tiempo padre y abuelastro. Quince años más tarde inició una relación sentimental con Dominique, esposa de su hijastro Alain. En 1986 nació Christopher Anquetil, actual director del Château Anquetil, bodas y bautizos. Poco antes de nacer Christopher, a Jacques Anquetil le fue diagnosticado un cáncer. Falleció meses después. Tenía cincuenta y tres años.

Pasemos ahora al Anquetil inmortal, al primer ganador de cinco Tours. Alguien dijo que era más fácil sentir admiración por él que quererlo. Quizá porque su perfección resultaba gélida. O tal vez porque a los aficionados les conmueve más la pasión que el control. El caso es que en Francia apareció un campeón extraordinario y los franceses se enamoraron de su víctima, Raymond Poulidor, un chico de pueblo tan desafortunado como el pueblo.

El aspecto señorial de Anquetil, rubio y elegante como un cadete, condicionó desde el primer momento a quienes le observaban. Tenía una apariencia aristocrática, aunque su origen fuera humilde: «Yo era un muchacho del campo, como tantos otros. Todos los días pedaleaba para ir a trabajar a la fábrica y para llevar al mercado las cestas de fresas que recogía mi padre. Mi historia es como la de muchos ciclistas. Fui un chico pobre y sin instrucción, hasta que un día descubrí que andaba mejor en bicicleta que mis amigos. Si no hubiera ganado pronto, lo habría dejado. Soy muy orgulloso, no me va la mediocridad... Si he llegado hasta aquí ha sido precisamente por orgullo, por una desesperada voluntad de alcanzar la fama y la popularidad».

Antes de presentarse en el Tour de 1957 con veintitrés años ya se le tenía por un contrarrelojista soberbio: había batido el récord de la hora y había ganado cuatro veces el Gran Premio de las Naciones, el mundial oficioso contra el reloj. Su primera etapa la ganó en Ruan (cómo no), donde entregó el ramo de flores a una mujer con el pelo a lo Marilyn que a partir de entonces fue conocida como la Dama Rubia. Era la esposa del doctor Boëda.

Anquetil no era solo un contrarrelojista excepcional. De hecho, su primer Tour no lo dominó por la ventaja que tomó en las cronos. Ya lo tenía conquistado antes de la última contrarreloj, tan superior fue en todos los terrenos. A pesar de su precocidad, campeón a los veintidós, no pareció ansioso por batir el récord de títulos. Tardó cuatro años en volver a pasearse por el Parque de los Príncipes, un triunfo de mayor mérito por haber ganado antes el Giro, doblete que solo había logrado Fausto Coppi.

Fue precisamente Coppi quien le dio las claves para una carrera larga y exitosa: «Vida sana, reposo a media jornada durante tres horas, reposo después de cada entrenamiento, comer sin excesos alimentos simples, beber con continencia, y mucha agua mineral». Digamos que Anquetil no siguió el plan a rajatabla. «Si Poulidor se levanta a las seis de la mañana, yo me levanto al mediodía. Si me place, juego con mis amigos a las cartas hasta las tres de la mañana. ¿Es bueno el modo de vida de Poulidor y es malo el mío? La ciencia ha cancelado muchos tabús, como lo de no trasnochar, no beber alcohol, no fumar... Yo jamás bebo leche. El agua la tomo únicamente durante las carreras cuando

tengo sed. Prefiero el *whisky*. No me hace daño. No exagero. Bartali fumaba antes y después de una carrera, y Van Looy en plena competición.» Se ha publicado que Anquetil consumía 52 botellas de champán al mes.

A los treinta años, Anquetil ya había ganado cinco veces el Tour, dos el Giro y una la Vuelta (solo le quedaba la pena de no haber sido campeón mundial). Era un ídolo mediáticamente (los finales de etapa se televisaban en directo desde 1962), pero seguía sin tener el cariño de la gente. Se le acusaba de ser un campeón distante de los afectos del público. «Lo que soy es tímido. No soy un hombre que lance las flores de la victoria a los aficionados. El público me somete, me sujeta, a veces me da miedo. Por eso parezco tan despegado. No me desagrada pensar que dentro de un tiempo pasaré inadvertido. Hace tres años que me estoy preparando para ser un excampeón con nuevos intereses en la vida. No quiero pasar el resto de mi existencia como tantos divos tras la jubilación, buscando un reemplazo a los tiempos de gloria.»

En 1967 ganó la Volta a Cataluña acostándose de madrugada y atiborrándose a *whisky* y cigarrillos. No se ocultaba. Tampoco cuando hablaba del dopaje. «No estoy de acuerdo con las tesis extremas. Yo tomo anfetaminas muchas veces, pero siempre bajo control médico. El *doping* da lucidez mental, celeridad en los reflejos. Podríamos discutir si es lícito o no, pero no podemos decir que sea inútil.»

«Con Coppi y Bobet comenzó la época de los ciclistas atletas. Solo ellos podrían resistir los esfuerzos de hoy. Los escaladores araña tipo Robic han desaparecido. La medicina ha cambiado el deporte y lo ha llevado a un plano más atlético, lo que proporciona mejores resultados. Creo que si la ciencia ofrece una nueva ayuda, es lícito disfrutarla. Tal vez Bracke —*recordman* de la hora en 1967— no haya tomado anfetaminas, pero hay excitantes de muchos tipos. Un resultado tan excepcional no se obtiene sin la ayuda del farmacéutico.»

En 1969 disputó su última temporada como profesional. Ese año se compró el castillo, a una hora de París y a veinte minutos de Ruan. Allí, rodeado de sus mujeres, empezó a decorar el Universo Anquetil, con pocas reglas y muchos lujos: «Tengo el orgullo de poseer una valiosa colección de cuadros, con lienzos

de Picasso y Dalí. Periódicamente organizo sesiones culturales y puedo darme la satisfacción de recibir en mi casa a literatos, artistas, músicos...».

Trabajaba esporádicamente como comentarista y en los últimos tiempos se dejaba ver por las carreras con Dominique. Su porte seguía siendo elegante y sus maneras exquisitas. Cuando ya se sabía condenado por el cáncer, habló con Poulidor y le contó que se estaba muriendo: «Querido, hasta en esto vas a ser segundo».

APODOS

Los apodos son tan viejos como el ciclismo y en su origen fueron fundamentales para la expansión de su popularidad. A la hora de contar en los periódicos las gestas de los ciclistas, en su mayoría desconocidos para el público, el mote aportaba una descripción inmediata y una evocación entre festiva y mitológica. Henri Desgrange fue autor de bastantes apodos que han pasado a la posteridad (*la Pulga de Torrelavega* para Vicente Trueba), y en esta costumbre le siguió Jacques Goddet (*el Águila de Toledo* para Federico Martín Bahamontes), siempre con la intención de añadir épica al Tour. Había motes de todo tipo. Algunos eran poco imaginativos: a Maurice Garin se le conocía como *el Deshollinador* porque ese había sido su oficio, y a Maurice Archambaud le llamaban *el Enano* por razones que no es necesario explicar. Otros eran motes más burlones: a Henri Van Lerberghe se le conocía como *el Jinete de la Muerte* porque antes de cada carrera advertía a los otros ciclistas de que los dejaría muertos; solo cumplió su palabra en el Tour de Flandes de 1919, cuando aventajó a Léon Buysse en 14 minutos. A Philippe Thys lo llamaban *el Perro Salchicha* porque era corto de piernas, condición que no le impidió ganar tres veces el Tour. Marcel Bidot era *el Trombón* por cómo se movía alrededor del pelotón, y el sonriente André Leducq fue apodado *El Feliz Dedé*.

Jean Robic tuvo dos apodos igualmente famosos. Desde que se fracturó el cráneo en la París-Roubaix de 1944, el pequeño

ciclista empezó a correr con una chichonera; de ahí le vino el inevitable *Cabeza de Cuero*. Sus repetidos accidentes le valieron un mote que funcionaba como talismán: *Trompe-la mort*, «Engañamuertes».

También hubo sobrenombres que no prosperaron. El peculiar periodista francés Baker d'Isy —se bebió un tintero para demostrar que llevaba la tinta en las venas— conoció a Bahamontes en 1954, en un campamento de jóvenes talentos. El toledano estaba acompañado de Santiago Mostajo, un ciclista chiquitín y prometededor. El mote estaba servido, y así apareció publicado en *L'Équipe: Don Quijote y Sancho*. Baker no fue el único que asoció a Fede con el Caballero de la Triste Figura. En esas mismas fechas, Ramón Torres escribió en *El Mundo Deportivo*: «Bahamontes es un nuevo Quijote. De tipo y de *sprint*».

Otros apodos destacan por el tino con que fueron puestos: Henri Anglade era *Napoleón* porque era mandón y bajito. Gastone Nencini tuvo un sobrenombre singular, *Cara de Fatiga*, aunque hubiera sido más justo aludir a la cara de pánico de sus rivales cada vez que el italiano se tiraba pendiente abajo. Raphaël Gémiani, que es el Oscar Wilde de las citas ciclistas, dijo al respecto: «La única razón para seguir a Nencini en una bajada es que desees la muerte». El omnipresente Gém también tenía un apodo original: fue llamado *el Fusil* por su facilidad para dispararse; la puntería era otro cantar.

Al holandés Hein van Breenen lo llamaron *Tarzán* porque evitó una caída agarrándose en el último momento a la rama de un árbol; también en España hubo un *Tarzán*, Ramón Sáez, pero en este caso el mote se debía a su fortaleza física. Piet van Est era *Bola de Fuego* por ser pelirrojo, y Rini Wagtmans, otro bajador implacable, *Resplandor Blanco* por un mechón canoso en mitad de su flequillo negro.

En España comenzamos la tradición de los motes con Vicente Blanco *el Cojo*, segundo compatriota en disputar el Tour de Francia (José María Javierre fue el primero en 1909), y ya no hemos parado nunca de producir apelativos más o menos ingeniosos. Quede constancia, antes de la pertinente enumeración, que Vicente Blanco era cojo de las dos piernas: la izquierda la tenía torcida y la derecha la apoyaba con dificultad desde que

se atravesó el empeine con un hierro candente. Nada grave: el desajuste de sus extremidades no le impidió ganar dos Campeonatos de España y pedalear hasta París para participar en el Tour celebrado en 1910.

A Vicente López Carril le apodaban *Paco el Dinamita* porque hacía explotar a quien seguía su rueda. Ángel Camarillo, aficionado a la lectura, era *Petete*, como el repelente pingüino de *El libro gordo*. A Suárez Cueva, asturiano recio, se le conocía por *el Caballón*, y a Rodríguez Magro, por *el Gañán*. Como se puede observar, se apostaba por los apodos descriptivos: Vicente Belda era *el Nano* y Fede Etxabe, *el Potro*. No faltaba el humor, en ocasiones negro. Alberto Fernández era *el Galleta* por haber nacido en Aguilar de Campoo, ubicación de numerosas fábricas galleteras. A Jesús Cruz Martín le pusieron *el Pantera* porque de aficionado corría con una bici rosa. A los hermanos Díaz Zabala se los conocía por «el positivo» y «el negativo»: Herminio era optimista y Pedro lo veía todo negro. Al sevillano José Rafael García le llamaban *el Marqués de Urquijo* porque se ponía tapones para dormir, como el desdichado marqués, asesinado en 1980.

Los directores deportivos tampoco se libraban. José Miguel Echávarri era *Jomeini*, se supone que por su tendencia al adoctrinamiento, y Miguel Moreno, *Michael Brown*. A Javier Mínguez le llamaban *Bertín Osborne*; a Linares, *el Gorila*; a Rafa Carrasco, *Veneno*; a Maximino Pérez, *Patanegra*, y a Txomin Perurena, *Txapelgorri*.

En tiempos más recientes hemos convivido, entre otros, con *el Extraterrestre* (Indurain), *el Hámster* (Rominger), *el Pirata* (Pantani), *el Diablo* (Chiappucci), *el Coppino* (Chioccioli), *el Pistolero* (Contador), *el Pollo* (Rasmussen), *el Grillo* (Bettini), *Espartaco* (Cancellara), *el Pequeño Fantasma* (Jimmy Casper), *Terminator* (Sagan), *el Bala* (Valverde), *el Tiburón* (Nibali) y, por supuesto, con *Purito Rodríguez*, el ciclista que mejor ha integrado apodo y nombre desde que un lejano día dijo a sus compañeros que la montaña que ellos tanto temían él la podía escalar fumando un purito.